

nombres de los que cada año concurren á los ejercicios, y la asistencia asidua será uno de los méritos que más tengamos en cuenta para las recompensas y ascensos.

Los ejercicios empezarán el miércoles 13 de Octubre á las cinco de la tarde, en el Seminario Conciliar de esta ciudad, y los arreglos materiales serán los mismos que los años anteriores.

Recibid, Venerables Hermanos de ambas Diócesis, nuestra Bendición Pastoral.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de Monterrey, á 30 de Agosto del año del Señor de 1880.

✠ IGNACIO,

OBISPO DE LINARES,

Administrador Apostólico de Tamaulipas.



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA CAPILLA DEL SEMINARIO CONCILIAR DE MONTERREY,
AL TERMINAR LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES DEL CLERO,
EL DÍA 21 DE OCTUBRE DE 1880.

Venerables Hermanos:

NO puedo explicaros el inmenso gozo que inunda mi alma, al verme en medio de vosotros, en este lugar sagrado, y al espirar el santo retiro. Vuestro número compone una tercera parte del Clero de ambas mis diócesis, y desde el Venerable Cabildo hasta los más humildes vicarios están aquí representados. Todas las edades, compatibles con el ministerio, se ven asimismo reunidas con dulcísimo lazo; desde la florida juven-

tud del eclesiástico que ayer apenas recibió el subdiacnado, hasta la verde ancianidad del benemérito párroco, que hace ya más de un año celebró su jubileo sacerdotal. Todos habéis dejado sin vacilar vuestros hogares y vuestras parroquias, para venir á vaciaros de nuevo en el molde celeste de los ejercicios de San Ignacio, y no os ha arredrado ni aun la enorme distancia de casi doscientas leguas que á alguno de los presentes separa de la capital.

Bien habéis obrado, Venerables Hermanos, y no os pesarán por cierto ni vuestros pasos, ni vuestros sacrificios. La terrible lucha que tenéis diariamente que sostener con el demonio, el mundo y la carne, necesita de gran pericia en la guerra espiritual, y de un profundo conocimiento de la táctica que ha de emplearse contra las potestades de las tinieblas. Uno y otro sólo se adquieren en la soledad y el retiro, y antes de salir al combate es menester reconcentrarnos en nosotros mismos y apartarnos de todo humano consorcio. Así Jesucristo, cuarenta días y cuarenta noches se entregó á la oración y á la penitencia en el desierto, antes del terrífico duelo que sostuvo con Satanás. Así el campeón de la edad moderna, San Ignacio de Loyola, pasó largo tiempo en la caverna de Manresa, antes de arrojar el guante á Lutero, de quien había de ser el más formidable adversario. Quien obre de otra suerte, quien se lance á la lid sin preparación ni consejo, caminará á infalible derrota; y por más que despliegue un valor inaudito y se esfuerce por consumir grandes hazañas, sólo hallará la muerte y la deshonra, como aquellos imprudentes sacerdotes de que nos habla el libro primero de los Macabeos: *In die illa*

ceciderunt sacerdotes in bello dum volunt fortiter facere, dum sine consilio exeunt in praelium. ¡Infelices! Por no haber oído la voz de su caudillo, cayeron ellos mismos ignominiosamente, y fueron la causa de que el pueblo de Dios huyera sin pudor ante el enemigo: *facta est fuga magna in populo.* ¡Infelices! Ni una palabra de alabanza ó compasión pudo consagrarles el inspirado cronista de aquellas memorables batallas, y el fúnebre elogio que pronuncia sobre sus merecidas tumbas se reduce á decir, que no eran de la raza de aquellos á quienes debió su salvación Israel. *Ipsi autem non erant de semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel.*

Yo os felicito, pues, por haber escuchado la voz de vuestro jefe espiritual que os convocaba á los santos ejercicios, y me felicito á mí mismo por la presteza y buena voluntad con que fué obedecido mi llamamiento. Pero ¿qué digo? Quien merece nuestras cumplidas felicitaciones es mi venerable Predecesor, que os acostumbró á venir periódicamente al anual retiro del Clero, que os inspiró amor á este apartamiento temporal de los negocios, que supo atraeros á la soledad de los ejercicios espirituales, y os hizo palpar sus saludables frutos. Yo he encontrado preparado el terreno, y me ha bastado con seguir sus huellas para recoger la cosecha.

En una parte, sin embargo, mi situación es más ventajosa. Hasta los últimos meses de su Episcopado, mi venerable Predecesor había logrado, sí, formar y organizar su ejército de línea; pero le faltaban esos cuerpos especiales, poco menos que indispensables para llevar una campaña á éxito feliz y sin peligros de desastres. Tenía, pues, que sucederle como á esas legiones que la

guerra ha mermado ó impedido completarse, en que la caballería combate á pié y los húsares se improvisan en zapadores; en que la artillería de marina se coloca en los fuertes de tierra y los cazadores de montaña se trasforman en pontoneros.

No hay duda que la meditación es tan antigua como la Iglesia, que no es tampoco nueva la contemplación de las verdades eternas, dispuestas en series ordenadas, y que éstas, sea cual fuere su orden y método, aprovechan al cristiano que se dedica á ponderarlas consigo mismo. Pero no es menos cierto que lo que tan grandes efectos ha producido en el mundo, convertido á infinidad de pecadores, y formado santos tan grandes como Francisco Javier y Carlos Borroméo, es el método, orden y encadenamiento de los ejercicios espirituales, que en la caverna de Manresa plugo al Señor revelar al insigne Fundador de la Compañía de Jesús.

De la misma manera que, en un método curativo, la inversión en el orden de las medicinas, la variación ó arbitrariedad en las dosis, ó la poca atención al régimen general, retardarán el alivio del enfermo, por más que aproveche cada poción en particular; de igual suerte en la práctica de los ejercicios, el menor desvío de las reglas dadas por el Santo, ó la más ligera alteración introducida por mano profana, estorbará la conversión del pecador, ó le pondrá obstáculos en la senda de la perfección. Mientras más profundo sea el estudio que el director haya hecho del libro de San Ignacio, mientras más larga sea su propia experiencia *activa y pasiva*, mientras más grande sea el apego que tenga al original, mayores serán los frutos que recoja quien lo adopta por guía y

maestro. ¿Quién más á propósito, por tanto, para conducirnos, que aquel cuerpo de la eclesiástica milicia que en el libro de los ejercicios se empapa todo entero, que hace de él un estudio especial y continuo, que lo conoce en sus más íntimos pormenores, que tiene en su seno la tradición auténtica de su inspirado autor?

Habiéndome suministrado la Divina Providencia uno de estos intérpretes legítimos y depositarios de los *ejercicios*, no vacilé un momento en dárslo por director; y confío en que todos habréis quedado satisfechos y complacidos con mi elección, si bien á alguno hayan podido causar extrañeza las que á primera vista habrá calificado de novedades. Según se ha tenido cuidado de iros explicando poco á poco, todo ha sido conforme con la letra y el espíritu del libro que tiene que servirnos de norma. Vosotros mismos os habréis ya convencido de que las meditaciones, propuestas por el director con sus propias palabras y sus propias observaciones, causan más impresión y producen más efecto que la simple lectura, por buena que ésta sea, y por gallardo que encontremos el estilo del comentador de San Ignacio. Aunque de esta manera se centuplica el trabajo, y se requiere mucho estudio y mucha práctica, deseo que además del fruto personal que saquéis de estos santos ejercicios, os resulte el provecho de aprender á darlos con este mismo método á vuestros feligreses. Ciertamente que quien tiene poca experiencia ó dispone de poco tiempo, se verá obligado á recurrir á la lectura de Torrubia ó de Maffei, de Villacastín ó Rosiñoli. Pero por buenos que sean los comentarios muertos, y por adecuados que hayan sido á las necesidades del auditorio á que, cuando vivos, los di-

rigieron sus autores, ¿pueden acaso compararse con aquellos discursos que penetran hasta el fondo del corazón y en que casi casi se nos retrata? Quien prefiere los primeros á los segundos, me da idea del paciente que desecha en la enfermedad, cuyo diagnóstico ignora, los sabios consejos de un facultativo, y recurre á un diccionario de medicina.

Sea como fuere, me habéis edificado. Aunque hace muy pocos meses que practiqué yo mismo los ejercicios espirituales, quise de nuevo hacerlos con vosotros, no como superior, sino como compañero; y dejar al director el cuidado exclusivo de amaestraros con sus pláticas y meditaciones, reservándome únicamente la fácil tarea de deciros adiós. ¿Qué encargos podré hacerlos que él no os haya hecho? ¿Qué consejos daros que no hayáis recibido? Me limitaré á hacerlos algunas recomendaciones generales, que toquen, no á vuestra conciencia, sino á vuestra vida pública sacerdotal.

¡Cuán majestuosas son las ceremonias del culto cristiano! Sin hablar de la magnificencia de aquellas que se celebran en las grandes Basílicas, aun la misa mayor en la oscura parroquia de insignificante aldea, ¡qué sublimes encantos ofrece al creyente! El altar sencillo pero limpio, adornado de frescas flores y ostentando en candelabros viejos, pero brillantes, los encendidos cirios que simbolizan nuestra fé; el Crucifijo que corona el decente tabernáculo; los manteles siempre blancos; los paramentos jamás desgarrados; el pavimento terso y sin basuras ni cera; la gravedad del sacerdote; sus acompasados movimientos, su aseo y compostura, sus reverentes genuflexiones, ¡oh, cuánto respeto y devoción infunden,

y más si lo rodean ministros igualmente graves, ó por lo menos niños devotos revestidos de preciosa toga y cándido roquete, que pausadamente mueven el incensario ó sostienen los bruñidos ciriales! Hasta el incrédulo se siente convidado á entrar en el templo, llamado por los acordes del pobre pero bien tañido instrumento, y por la voz educada del humilde cantor; y una vez dentro ya no quiere salir, detenido por el dulce influjo de aquellas oraciones que, ya recitadas, ya cantadas, respiran devoción. Aunque perversos libros ó perniciosos amigos hayan sembrado dudas en su pecho acerca de la sagrada Eucaristía y del augustísimo sacrificio, presto las desecha al ver la piedad del celebrante, la exactitud con que practica las ceremonias, el fervor con que pronuncia todas las palabras y recita las oraciones, demostrando á cada instante que entiende lo que dice, que cree lo que reza, que siente que se halla en la presencia del Dios humanado, é inmolando místicamente la Preciosa Víctima.

Por el contrario, ¡cómo se aleja aun el creyente de la más suntuosa Basílica cuando empaña el oro el moho de muchos años y cubren el mármol telarañas de un siglo; cuando los piés se adhieren á las ricas alfombras, sobre cuya felpa han corrido torrentes de ennegrecida cera; cuando el blanco es el color que menos ostentan los lienzos del altar, y el rico tisú de los bordados paramentos por aquí está desgarrado, por allá descubre manchas de diversos colores! Y si precedidos de mal vestidos y peor guiados acólitos de ligero porte y ninguna devoción, penetran, aunque sea en larga serie, desaliñados sacerdotes, moviendo inmodestamente los brazos, mirando aquí